

# TLAHUICOLE.

## LEYENDA MEXICANA.



En los primeros años del reinado del emperador Moctezuma, cuando este monarca, que antes de subir al trono había mostrado un carácter tan dócil y popular, comenzó a desplegar todo el orgullo, y la desmesurada ambición que le dominaba, las naciones vecinas temblaban al pensar en el yugo que un déspota extranjero iba á imponerles; temían por la pérdida de su independencia, porque se consideraban con muy poca fuerza para poder contrarrestar á un tirano mucho más poderoso que ellas. En efecto, sus temores no fueron infundados; apenas se sentó en el trono Moctezuma, cuando concibió el proyecto de sujetar al imperio mexicano todos los pequeños estados independientes que se hallaban diseminados en el vasto país de Anáhuac, porque no contenta su ambición con lo que poseía, quería abarcarlo todo. Sujeto ya Atzacotalco y otros estados por sus antecesores, aliado de los Huejotzincas y Choluleses, fué invitado por la envidia de estos y por la suya propia á hacer la guerra á Tlaxcala, á esa célebre república tan fecunda en acciones heroicas.

Tlaxcala, esta república memorable por su rivalidad con México, que nos recuerda los tiempos de Roma y de Cartago, este pequeño país sostenido únicamente por el espíritu de patriotismo y de libertad de hijos, había llegado en tiempo de Moctezuma á un grado tal de prosperidad, que envidiosos todos los estados que la rodeaban de su poder, solo pensaban en formar alianzas unos con otros para destruir el poder gigantesco que había llegado á adquirir ese país que al principio les fué tan insignificante. Pelearon contra ellas; mas viendo que todos sus esfuerzos eran inútiles, enviaron un mensaje á Moctezuma

para que los auxiliara. Este, que desde mucho antes había concebido el proyecto de dirigir sus armas contra los tlaxcaltecas, les prometió auxiliarlos; y levantando un ejército considerable lo dirigió contra aquellos al mando de su hijo primogénito, al cual se reunieron los itzcoaneses y otros pueblos al atravesar la falda meridional del Popocatepetl, llegaron al campo Tlascates, y allí sufrieron los mexicanos y sus aliados una completa derrota, quedando muerto en el campo de batalla el general mexicano, primogénito del emperador.

Esta derrota, con la pérdida incomparable que en ella tuvo Moctezuma, excitó mas su odio contra los tlaxcaltecas y doblando las fuerzas de los aliados, estos presentaron muchas batallas en que de nuevo quedaron derrotadas sus tropas.

Un general tlaxcalteca, llamado Tlahuicole, hombre de un grande ánimo y de una fuerza extraordinaria, y cuyo nombre solo bastaba á introducir el terror en las filas de sus enemigos fué quien con su pericia y astucia militares consiguió tantos triunfos á las armas de la república. Su valor, ayudado del genio militar que le había concedido la naturaleza, lo arrostraba, y nada bastaba á ponerle diques cuando inflamado por el amor de la patria y de la libertad animaba á sus tropas con el ejemplo y arrollaba los escuadrones enemigos, haciendo en unos una carnicería espantosa, y obligando á los demas á huir por no recibir los formidables golpes de su ponderoso *macahuítl* (1), de esa arma que solo él con su fuerza prodigiosa podía esgrimir, puesto que un hombre de fuerzas no comunes no era suficiente para levantarla siquiera.

Tlahuicole! Este solo nombre pronunciado

[1] Espada.

con entusiasmo por los tlaxcaltecas en medio del calor de la refriega, bastaba para que los enemigos que poco antes pelearon con denuedo, sintieran que se agotaban sus fuerzas, que las armas se les caían de las manos, y se vieran precisados á encontrar en la huida su única ánclora de salvacion, porque Tlahuicole, terrible como la tormenta y rápido como el rayo, destruía, aniquilaba cuanto se le oponía.

El seis *Miquiztli* del mes *Allahuaco* del año octavo *Calli* (2), se iba dar una batalla decisiva. El sol hermoso y puro, se levantó detras de los altos volcanes que dominan el valle de México, tñiendo de oro y rosa á las nieves que cubren sus enormes cabezas. Ese astro divino, fecundador de la naturaleza, dios de los americanos, y á quien estos no veían sino con aquel respeto religioso que les inspiraba la vista de todos aquellos beneficios de que le eran deudores, parece que quería contemplar aquella lucha sangrienta. Rodeado de nubes que no ofuscaban su esplendor, parecia un rey que en medio de su trono iba á contemplar la lucha entre vasallos igualmente caros á su corazón.

Su luz iluminaba ya de lleno el extenso campo de batalla: la hora de esta se acercaba y aun estaba vacío el estenso *Jaotlalli* (3). Este recinto circundado por una densa muralla, tenía dos leguas de circuito. No se veían en él, ni árboles, ni plantas, ni piedras, ni nada que pudiera oponer algun obstáculo á los movimientos de los combatientes, y libre y desembarazado podían en él correr y hacer cuantas evoluciones demandaba su táctica militar. Por un lado se miraba un denso bosque, lugar pantanoso donde con los fuertes aguaceros se formaban lodazales cuya superficie cubierta de yerbas acuáticas engañaba á primera vista, haciendo concebir la idea de un terreno fino y sólido; por otro los altos volcanes del *Popocatepetl* é *Ixtachicuatl* con sus nevadas frentes, parecían dos gigantes destinados únicamente á servir de muralla y á reanimar las fuerzas debilitadas de los soldados.

Gran silencio reinaba; las aves mismas, timidas y medrosas huían al bosque vecino á guarecerse entre las ramas de los corpulentos árboles que lo formaban. Tlaxcaltecas y mexicanos situados en sus respectivos campamentos, solo se ocupaban en disponer el plan de ataque, ordenaban los *giquipiles* (4) el número

de soldados que habían de entrar al combate, y el que quedaria para formar las emboscadas, y hacían su revista general de armas.

De cuando en cuando se veía á lo lejos un *quimichtin* (5), que á veces pasaba sin ser visto; mas que á veces tambien tenia que apelar á la huida, porque los enemigos que lo habían observado iban á su alcance; y gracias á su agilidad, llegaba á su campamento, dejando burladas las intenciones de sus enemigos.

Oyeróse de pronto dentro del *jaotlalli* sonidos confusos que procedían de sus dos extremidades oriental y occidental, sonidos que poco á poco fueron percibiéndose mas á medida que se iban acercando los que los producían. Eran las tropas de los aliados y las de los tlaxcaltecas que se acercaban ya al combate, y que dirigian su marcha por medio de tamboriles, cornetas y caracoles marítimos, los cuales producían un ruido harmónico que aumentaba la confusion. Las tropas de los aliados entraron por la estremidad oriental, y la de los tlaxcaltecas por la occidental: ambas venían dispuestas en *giquipilles* mandadas por sus respectivos gefes; las de los mexicanos formando un cuadro, dentro del cual iba el general del ejército *Cuanchnotli* con el estandarte del imperio, que era una águila en actitud de arrojarle sobre un tigre, cuya asta llevaba tan fuertemente atada á la espalda, que era preciso que le hicieran pedazos para que lograran arrancárselo. Entre los tlaxcaltecas por el contrario, *Tepozotzin*, que conducía el estandarte de la república, que era una águila con las alas abiertas en actitud de volar, iba colocado á la retaguardia, mientras Tlahuicole, general de ejército, marchaba al frente desafiando con su aspecto arrogante al enemigo y ostentando todas las condecoraciones con que la república había premiado su valor.

Ambos ejércitos marchaban impávidos, presentando un conjunto regular y variado: los simples soldados con todo el cuerpo pintado de color que variaba en cada *giquipilli*, con su escudo cubierto de plumas y su honda en el brazo izquierdo, su *macahuítl*, su maza ó su pica en el derecho, y su flecha y su carcax en la espalda, y los nobles y oficiales del ejército con sus armaduras de blanquísimo algodón, y de plumas primorosamente tegidas, y bordadas de oro con su enorme cabeza de serpiente ó de tigre, su alto penacho de plumas de mil variados colores, y con sus insignias respectivas los caballeros de las órdenes militares *Achcuahlin*,

(2) Corresponde al 7 de marzo de 1513.

(3) Campo de batalla.

(4) Compañías.

(5) Espía.

Quauhtli y Ocelo, de los príncipes águilas y tigres, formaban un conjunto, semejante al de un campo cubierto de flores silvestres de diversos matices y colores.

Se dió la señal del combate; y los sonidos agudos de los caracoles marinos, de los tambores y de las cornetas, los silbidos y espantosos ahullidos de los soldados, y los gritos de *Huitzilopochtli* ayudanos, que arrojaban los mexicanos, y los de *Camajtle* socórrenos que arrojaban los tlascaltecas, formaban una vocería tan extraña y horrible, que hubieran espantado á otros que no hubieran sido ellos. Comenzóse la acción con las armas arrojadas: las flechas y los dardos silbaban por el viento: pronto comenzaron á hacer uso de la honda, de esa arma terrible que por donde quiera llevaba la muerte, y á las dos horas de acción en que se habían agotado ya piedras y dardos, tres mil soldados mexicanos y cuatro mil tlascaltecas, yacían tendidos en el Jevollalli.

Dióse la señal, y la honda y la flecha cedieron su vez á las otras armas. Los gritos que no habían cesado hasta allí, se avivaron, y volvieron á resonar las voces de „*Huitzilopochtli*, ayudanos.„ „*Camajtle*, socórrenos, y los dos ejércitos se acercaron.

En ese momento brilló en el rostro de Tlahuicole un rayo de feroz alegría, sus forzudos miembros tomaron mayor incremento, y pulsando su ponderoso y terrible *macuahuitl*. — „¡ánimo valerosos republicanos! exclamó, ¡invencibles tlascaltecas, la patria peligrará! Vuestras mugeres é hijos arrostrarán el yugo de la esclavitud, servirán á un tirano, si hoy no desplegais todo vuestro valor! ¡Animo tlascaltecas! Y el fué el primero que se arrojó en medio del ejército enemigo, — „¿qué tememos, repitieron los soldados, si Tlahuicole marcha á nuestro frente, si el rayo tlascalteca ha estallado ya? Bebamos la sangre de los viles esclavos, y volvamos victoriosos á nuestros hogares, ó perezcamos aquí, para no ver nuestra afrenta,„ y entónces, repitiendo entusiasmados el nombre de su dios y el de Tlahuicole, se arrojaron todos tras él.

Tlahuicole, mas veloz que un dardo, atravesaba las filas enemigas, descargando su macuahuitl y dejando tras sí sembrado de cadáveres el suelo. Los soldados fascinados por el valor de su general, se creían animados del mismo espíritu que él, é inspirados por la libertad y por la patria, se empeñaban con orden en la pelea, porque ya la muerte no les arredraba, porque mas querían morir que beber la infamia de ser derrotados.

Los mexicanos que hasta allí habían peleado

con demasiada serenidad, luego que oyeron la voz de Tlahuicole, y le vieron arrojar sobre ellos, comenzaron á temer; mas Cuahnoctli, cuya serenidad y valor eran también extremos, no cesó de animarlos, recordándoles á su vez la pérdida de sus mas caros intereses.

Miéntas tanto, Tlahuicole había penetrado hasta el centro del ejército enemigo, y delante ya de Cuahnoctli, iba á descargar sobre él su terrible macuahuitl, y á apoderarse del estandarte, con lo cual hubiera terminado la batalla, cuando uno de los oficiales mexicanos se puso entre él y Cuahnoctli, queriendo evitar el golpe que iba á caer sobre su general, y al vez imaginando tener la gloria de asentar un golpe al valeroso tlascalteca. Mas ¡ah! infeliz, el golpe que debía haber caído sobre Cuahnoctli cayó sobre su cabeza, que dividida en dos partes, lo obligó á caer en tierra, derramando un mar de sangre.

En fin, después de inútiles esfuerzos los mexicanos se decidieron á oponer al valor y á la franqueza de los Tlascaltecas, la estratagemata de la traición. Mandó Cuahnoctli que su ejército se fuera retirando poco á poco hacia el bosque que vecino: así lo hizo. Tlahuicole, confiado en el cuerpo de reserva que había dejado con órdenes de que si se retiraban los mexicanos, cargasen sobre ellos por detras, siguió, haciendo en ellos una horrorosa carnicería. Llegaron al bosque los mexicanos que habían reconocido bien el terreno, y sobre todo, que habían premeditado bien su traición: evitaron el peligro; mas Tlahuicole y su ejército que no pensaban en aquel momento sino en la victoria que ya casi miraban como suya, entraron en el bosque sin recelo, y sin esperar que se vieron sumergidos en los hondos pantanos que allí habia. En tan apurada situación, se vieron atacados de pronto por trecientos hombres que habian quedado de emboscada, quienes apoderándose de ellos, los ataron vigorosamente. Con tan feliz resultado, los mexicanos cargaron sobre los tlascaltecas; mas estos aturdidos con tan inesperada desgracia, comenzaron á temer. Les faltaba Tlahuicole; ¿qué podian hacer ellos sin su general? Sin embargo, aun les quedaba su estandarte, todavia no lo habian perdido todo.

Volvió á empeñarse la pelea, pero como nada arredraba á los mexicanos, arrollaron completamente á los tlascaltecas. Uno de los oficiales mexicanos llegó entónces hasta *Tepetzatzin*, y descargando un fuerte golpe sobre él, lo hizo caer al suelo, y le arrancó el estandarte. Esto aumentó el desorden del ejército.



tlascales; y viéndose ya sin general y sin estandarte, se dispersó, y echó á huir entre horriblos gritos de dolor: los mexicanos los siguieron é hicieron dos mil prisioneros.

Tlabuicole, que ya prisionero vió que se volvía á emprender de nuevo la pelea, exclamaba sin desesperar todavía: „animo, tlascaleses, todavía podeis vencer, pues os queda aun vuestro estandarte; mas cuando vió caer á Tezozotzin, y vió que le arrancaron el estandarte, único estímulo que les quedaba, hizo un movimiento convulsivo y arrojó un grito de desesperacion.

Los mexicanos volvieron victoriosos, y entre mil gritos de júbilo que asordaban los aires daban gracias á Huitzilopoctli, porque les habia permitido consumir una traicion. Al llegar donde estaban los prisioneros, volvieron á entonar un himno en accion de gracias; y Cuauhnocli al ver á Tlabuicole le dijo:

—Caiste, en fin, en nuestras manos, Tlabuicole.

—Si, gracias á vuestra traicion soy vuestro para mi baldon y el de mi patria.

—Jamás habian tenido los dioses una víctima mas grata á sus ojos, como la que van á tener dentro de pocos dias: tú serás sacrificado.

—Ya lo veo, y esa será mi mayor gloria.

—Te presentaremos a nuestro señor, el invicto emperador Moctezuma.

—Y será la vez primera que me presento delante de un tirano.

—El es generoso, quizá te concederá la vida.

—No quiero de él mas que la muerte.

—Así será. Y dirigiéndose á unos soldados, les mandó que lo encerraran en una jaula.

Pocos dias despues entró el ejército á México, conduciendo á los prisioneros, entre las mas vivas aclamaciones del pueblo.

(Concluirá.)

## EMBOSCADA.

¡Traicion! ¡Traicion!  
CALDERON.—LA GRAN CENOBIA.

**OS** brazos otra vez dame, sobrino, que lo mereces bien; pues que de Flandes llegas con vida á Burgos, imagino que honrado habrá de ser, que al fin y al cabo mi sangre hierve en tí....—

—¡Señor!....—

—No te andes perdiendo, por tu vida, en digresiones la historia al referir de tus hazañas, ya sé que grandes son, árduas y estrañas; que de tu claro nombre los blasones, de Leibas digno vástago, no empañas. Eres mi sangre, sí;.... ¡guerrero y mozol Sobrino, así te quiero; cuando apenas tu labio apunta el bozo la espada ciñes ya de caballero.—

—Todo os lo debo á vos, vuestro consejo guíome fiel por la gloriosa senda y ansioso la seguí, vos ya erais viejo, é inútil ya para la lid tremenda.

Partí á la guerra pues, y desde enlónces, aunque no ya por vuestros propios labios mis pasos dirigisteis, yo pretendia, los consejos sabios en práctica poner que aquí me disteis; y lo alcancé tambien; digalo Flandes, la triste Flandes ó el feroz flamenco, que de terror y espanto sembrada ya su desolada tierra, la fecundiza con su amargo llanto; con honra vuelvo en fin, que, por Dios santo, para honrado volver parlé á la guerra.—

—Muy bien, Enrique.—

—Mas, dejemos tí, tal plática por hoy; pues de que exija merced alguna mi valor ya es hora, y á tiempo que alhagüenia y seductora traigo esta idea en la memoria fija; ya veis que honrado vengo, y de otorgarme alguna gracia es dia,

una señor que demandaros tengo.—  
—Te la otorgo, por Dios, habla.—

—¿Maria?  
—¿Maria!... por piedad no me hables de ella;  
de un cláustro en el silencio sepultada,  
hace vida monástica!....—

—¿Tan bella  
y en vida sepultarse!....—

—La cuitada  
huyendo cuerda el mundanal bullicio  
de un monasterio la quietud procura.—

—Perdonadme, señor, mas que cordura  
arguye tal conducta poco juicio.  
La obligasteis acaso?....—

—....Vive el cielo!....  
La última luz que en mi vejez anhelo,  
de mi primer amor el solo fruto

es mi Maria, Enrique;.... ¿yo obligarla?...  
Sobrino, ¿yo que por romper astuto  
de su torcida voluntad los lazos,

y estrecharla una vez entre mis brazos  
la escasa vida que me resta diera?  
No; de buen grado, á mi pesar, se fuera!—

—¿Qué causa? . . .  
—No la alcanzo;—

—Y ¿ha profesado ya?—  
—No, todavía;

mas ya de pronunciar su juramento,  
próximo se halla y de mi muerte el día.  
De simple colegiala en el convento,  
el hábito aun no viste

que rigida demanda  
la regla que abrazó de carmelita;  
pero en breve tambien ¡ay de mi triste!  
cambiando de ropage,

el áspero cilicio, ¡pobrecita!  
reemplazará su delicado traje.—

—No hará tal, lo aseguro, iré yo á verla;  
y ó me engaña traidor mi pensamiento,  
ó el Hacedor del vasto firmamento  
no arrojó al mundo tan preciosa perla

para adornar el cláustro de un convento.  
No fabricó el Señor tantos hechizos,  
voto á la espuela que con honra calzo,  
para evitar el mundo antojadizo,

para cortados sus flotantes rizos,  
ni aquel pequeño pié para descalzo.  
Voy al momento á verla.

—Vé, sobrino;  
esposa tuya habrá de ser, si alcanzas  
que cambie en sus antojos de camino.  
Ella es todo mi amor, mis esperanzas.

Dila que, triste, desde el negro día  
que abandonó mi lado,  
en mi tediosa soledad impía,

ni un hora de placer he disfrutado.  
Dila tambien que, si al consejo, dócil  
de un padre que la adora,  
no consiente en volver, al lado tuyo,  
al pobre hogar, que abandonó en mal hora,  
la vida ha de costarle al padre suyo.—

—Si la diré, y añadiré, áltanero,  
que cuando vuelvo de la lid sangrienta,  
donde, sin ley, ni fuero,  
ni conocer mi voluntad lindero,  
lidié, teniendo su hermosura en cuenta,  
para postrarme ante sus piés, vasallo;  
fuerzas en mí que basten  
tal soberana á renunciar, no hallo.—

—Diselo; sí.—  
—¿Lo haré! si no consigo,  
antes que acabe su carrera el día,  
traer á Maria á vuestro hogar conmigo,  
podeis, por vida mia,  
jurar, que tiene vocacion, Maria.  
Pero lo dudo mucho.—

—Parte, Enrique;  
mas cuenta con lo que haces, no quisiera  
que loco y temerario,  
rompiendo audaz de la prudencia el dique  
turbases la quietud de aquel santuario.—

—Mucho, buen tío, de torcer el paso  
hácia el camino de la infamia, disto;  
por Dios, que no olvideis en todo caso  
que soy soldado de la fé de Cristo.  
El ser mugeres, y el sagrado muro  
que del ruidoso mundo las separa,  
las ponen de mi cólera al seguro;  
no han de tener, par diez, por qué quejarse  
de mi extraña visita, yo os lo juro.  
La dueña que me guié á la clausura  
dó esconde mi Maria  
su gracia y su hermosura,  
testigo habrá de ser de mis acciones  
al par que diestra conductora mia.

Esto, D. Pedro y D. Enrique hablaron;  
despues asiendo su sillón de cedro,  
á meditar lo que ambos acordaron,  
tranquilo en él, se arrellanó D. Pedro.  
Vino la dueña, se envolvió en su velo,  
porque nadie al salir la conociese;  
despues, alzando una mirada al cielo,  
cogió el sombrero D. Enrique, y fuése.

—Entrada me habeis de dar  
hasta la huerta, ó por Dios,

que por mas que os pese á vos,  
yo me la habré de tomar.  
Pues decís que en ella se halla  
mi prima, sed ménos plomo;

ved si dais, ó me le tomo  
el permiso de ir á hablalla.—  
—La llamaré.—

—No hagais tal;  
sorprenderla me es preciso,  
que hablarla ya sobre aviso  
no es á mis planes igual.

—Entonces ¿qué hacer? volveos;  
que al cabo no está en mi mano  
el hacerlo, conque.... hermano....—  
—¿Madre Abadesa, teneos!

No me obligueis á romper  
los lazos que aquí respeto;  
vine á hablarla y yo os prometo  
sin hablarla no volver.

Y no os presumais que fuerza  
de intencion, por Dios amado;  
con que hacedlo de buen grado,  
antes que ocurra á la fuerza.

Si de ese torno al través  
pudiérais mirarme agora,  
yo os implorara, señora,  
de hinojos á vuestros piés.

De hinojos, cuando á ninguno,  
incluso el rey de Castilla,  
doblé jamas mi rodilla  
mas que ante Dios Trino y Uno!

Pues gustoso aquí lo hiciera  
ante vos, en este instante,  
si en vuestro oculto semblante  
leer mi destino pudiera.

Mas ¿qué sirve que de hinojos  
me postre ante vos aquí,  
cuando ni aun podeis, asi,  
ver mi afliccion en mis ojos?

Ceded, pues, madre Abadesa;  
ved que en su estrecha clausura  
muere esa tórtola pura  
de necios caprichos presa.

Y vos no querreis, asi,  
consintiendo en tanto duelo,  
al mundo ofender, y al cielo....  
¡Doleos de ella, y de mí!

De ella si; que acaso vos  
virgen amorosa y bella,  
atada tambien como ella....—  
—¡Sellad los lábios por Dios!

No esperéis que la lisonja  
consiga torcer impia  
la pobre conciencia mia;

Tom. II,

que soy por caduca, monja.—  
—Y acaso allá en el abril  
de vuestra edad, sin quebrantos  
saboreasteis los encantos  
de una fortuna infantil.  
Y en la caduca vejez,  
huyendo los desengaños  
del mundo, cargada de años  
venisteis aquí.—

—Tal vez.—  
—¿Por qué entonces no esperar  
tambien á que mi Maria  
del mundo, y su farsa impia  
se llegue á desengañar?  
Entonces ya, como vos  
vaya á encerrarse en buenhora  
á un monasterio, mas hora  
dejadme hablarla, por Dios.—

—Ya rayais en temerario.—  
—Dejadme al jardín entrar.—  
—Yo no os lo puedo otorgar  
sin permiso del vicario.—  
—¿El vicario! iréme á él  
con mi intento, y á decirle;....  
pero es mejor escribirle;  
dadme tintero y papel.—

—  
Siguióse un breve silencio  
interrumpido tal vez,  
ó por la tos de la dueña  
que sentada en el dintel  
del ancho porton del patio  
ya dormitaba á placer,  
ó por las fuertes pisadas  
del jóven hidalgo, quien  
entre gozoso y colérico  
con pronunciada altivez  
paseaba inquieto á lo largo  
Del locutorio; despues  
giró sobre su eje el torno  
y halló D. Enrique en él  
para escribir al vicario  
lo que habia menester;

Y haciendo de un roto banco  
silla y bufete á la vez,  
escribe, y al buen prelado  
espone, atento y cortés  
las razones que le obligan  
á pedirle tal merced.

—Dicele, que en una prima  
que en la precisa estrechez  
de aquel claustro se sepulta,  
cifra su esperanza, aquel  
que dió su sangre mil veces  
en defensa de la fe.

31

Dicele, que un padre anciano,  
sin mas apoyo y sostén  
que aquella niña, que victima  
de algun capricho tal vez,  
á la oscuridad de un claustro  
fuese inesperta á esconder,  
llora sin tregua, y añade  
y da por cierto tambien  
que la vida ha de costarle  
al buen viejo; y que ni es ley  
de todo el que nace humano,  
ni á un prelado le está bien  
consentir el que así muera  
quien por Cristo y por su fe,  
su vida, que ahora pelagra,  
espuso mas de una vez.

Y en fin concluye diciéndole  
que si necio ó descortés  
no da á su demanda oido  
se irá con su queja al rey;  
que el rey atiende las suplicas  
de un hidalgo de su prez.—

Poco esperó D. Enrique  
la respuesta á su papel,  
que al cabo de unos instantes,  
al honrado feligres  
del convento, y portador  
de su pliego, vió volver  
con otro pliego en la mano  
rotulado „A sor Inés,  
Abadesa del convento  
de las carmelitas”.... „Leed,”  
dijo el hidalgo á la monja  
despues de hacer que el papel  
á dar á sus manos fuese  
por el torno; abrióle pues  
la Abadesa, y con enojo  
leyó la respuesta en él  
que en favor de D. Enrique  
daba el vicario; esta fué:

„Que atendidas las razones  
que el forastero tenia  
para entrar, entrar podia,  
mas bajo estas condiciones.  
Que abiertos ya los cerrojos,  
por si con la vista en algo

pecar pudiera, al hidalgo  
se le vendasen los ojos.

Que á la voz de una campana,  
que al efecto se tocase,  
por precaucion se encerrase  
en su celda cada hermana,

Y que en ella se estuviera  
sin vista, ni voz ni oido,  
hasta que el mismo tañido  
la campana repitiera.

Que dos de ellas, bien cubiertas  
con el velo acostumbrado  
condujeran al vendado  
por corredores y puertas.

Que con él hasta el jardin  
las dos tambien se salieran  
y que allí testigos fueran  
de sus acciones, y en fin,

Que despues que su mision  
haya el mancebo acabado,  
por donde, y como hubo entrado  
salga, y se cierre el porton.

Hízose al pié de la letra  
cuanto mandaba el vicario;  
corrierónse los cerrojos  
vendóse al punto el hidalgo;  
Sonó ronca una campana  
y quedó desierto el claustro.

Cubriéronse las dos monjas  
con sus respectivos mantos;  
púsose la dueña en pié  
á la voz de Enrique, y ambos  
en el sagrado recinto  
de aquel monasterio entraron.

Poco despues de su jardin ameno  
emboscados los dos tras la enramada,  
ansiosos esperaban, que María,  
por sus floridas calles se asomara.

Inmóviles, silenciosas las dos monjas  
y de aquel sitio á regular distancia  
se preparaban á escuchar, medrosas,  
la escena, que sacrilega llamaban.

(Concluida)



## CARTA APOLOGÉTICA

de D. Pantaleon Zacarias Escribidor Galicin, de la Gerigonza y Articlejo á Calamocha, con motivo del sueño que este tuvo y cuya descripcion publicó en el LICEO MEXICANO, bajo el rubro de

### EL OCEANO DE TINTA.



Periodico-polis y julio 12 del año de gracia de 1844.



SEÑOR Calamocha: A pesar de que no he tenido la desventura de conocer á V., doy por supuesto que ha de ser uno de esos mozalvetes barbiponientes y temerarios sin mas erudicion que la que puede proporcionar la gramática de Antonio de Lebrija mal traducida y peor decorada, y sin mas saber que el que buenamente se pueda extraer de las obras de esos escritores á quienes vienen como de molde aquellos versos de Parny:

„Ils écrivaient; mais, hélas !quels écrits!  
„Ils entassaient dans leurs tristes récits  
„Les vieux donjons et les nonnes sanglantes,  
„Les sots géôliers, les grilles, les cachots,  
„Des ravisseurs de Lucreces galantes,  
„De grands malheurs, et des crimes nouveaux,  
„Des clairs de lune, et puis les crépuscules,  
„De longs sermons, des amans sans amour,  
„Des spectres blancs, des tombeaux, une église....

Repito que juzgo á V. individuo de esa numerosa corporacion de sabios que ha tomado por asalto el Templo del Saber, lanzando de él á los legítimos poseedores con la misma urbanidad con que Cromwell lanzó del Parlamento á los representantes del pueblo inglés. Si Sr. Calamocha, escritor empírico y novel, V. me ha venido á afirmar en que es cierto, ciertísimo aquel proloquio que dice: „No hay cosa mas atrevida que la ignorancia.” ¡Atreverse á criticar á los periodistas como nosotros! ¡Válgate Dios por el tal D. fulano Calamocha y que hueco y que horondo que estará con su

mal zurcido papasal! ¿Y creeria V. que no lo habiamos de contestar? Pues, á fé mia, que se ha pegado chasco. Escuche con la debida humildad la siguiente repasata y no vaya á suponerse que le respondemos porque nos hagan mella sus sosas agudezas, sino porque, siendo hecho averiguado que en esta tierra de bendicion siempre se adjudica la palma de la victoria al que habla al último, esta consideracion nos obliga á quebrantar el silencio del desprecio. Y no se espante V. de que le hable en primera persona de plural, porque esto dimana de que así como el Cancerbero era segun Shakespeare „tres caballeros á la vez” (*three gentlemen at once*) así tambien yo, D. Pantaleon Zacarias Escribidor Galicin, de la Gerigonza y Articlejo, soy ni mas ni menos que todos los periódicos que V. ha injuriado, y algo mas. Tenga V. la bondad de poner ese *algo mas* despues de *periódicos* y dispense la molestia.

Comienza V. por citar á Ciceron. ¡Donosa ocurrencia! ¿Qué no sabe V., pobre hombre, que ya no se usa Ciceron? Sigue V. con motivo de esto diciendo que los hombres ven reproducidas en el sueño las ideas que mas impresion les han hecho mientras despiertos, y que de consiguiente V. como periodista piensa todo el dia en su periódico y con él debió forzosamente de soñar. Pues con esto (si no hubiera otros méritos) bastaba para calificarle de periodista espurio é indigno de semejante nombre. Amigo, el verdadero periodista no se acuerda del periódico mas que el dia del corte de caja mensual: ya se ve, V. será uno de esos